

Número 17

Año I



El Album

DE MADRID

Semanario ilustrado

REDAGGION Y ADMINISTRACION: VILLANUEVA, 17, MADRID



4-AGOSTO-1899

Pepita Sevilla.

Biblioteca Regional de Madrid

15 céntimos

SALÓN BLEU

31, ALCALÁ, 31

ESPECTÁCULOS POR SECCIONES

Couplets fin de siglo.—Canciones francesas.—Actualidad.—Bailes españoles.—Duetos.—Concierto.—Variedades.

Foyer de artistas.—Academia de baile.

DISPONIBLE

AMADOR, FOTOGRAFO

PUERTA DEL SOL, 13.

Especialidad en ampliaciones y retratos de noche.

Hay ascensor.

DISPONIBLE

FABIÁN MERINO

ENCUADERNADOR

Farmacia, 7.—Madrid.

Especialidad en inscripciones para coronas fúnebres.

EL ALBUM DE MADRID

4 DE AGOSTO DE 1899

NOCHE DE BODAS

(CUENTO DECENTE EN TRES CARTAS)

(Continuación.)

A Pepe Gimero Vizarra

SEGUNDA CARTA

¡Qué rabia tan honda y tan infinita me causa al empezar á darte la razón!

¿Recuerdas, mi querido Tomás, aquél admirable primer capítulo de la novela más humana de Daudet? El robusto muchacho que en la plenitud de la fuerza y de la vida, cogió en brazos á *Safo* y la subió sin fatiga los tres primeros tramos de la empinada escalera, me da envidia...

¿En qué tramo estoy yo? No lo se. Lo que se es que me asfixia el peso de la carga; que no se me clavan los collares y lentejuelas conque se adornaba *Safo*; pero que tengo espinas clavadas en el alma, que los remordimientos me ennegrecen la vida; que la boca de mi Carmela no me pide besos con el ansia de antes; que han acabado los juegos y las correrías locas por habitaciones y pasillos; que la cocinera puede quedarse en sus dominios *impunemente* y que, cuando aburrido, triston, nostálgico, me dejo caer en el sofá, testigo de intimidades deliciosas, veo el pedazo de cielo, antes gris y fúnebre, hoy espléndido, azul, brillante, casi envuelto por la sábana blanca de átomos que envía la ciudad y que el sol descompone en polvo de diamantes...

La calle me atrae, el pueblo con sus ruidos aturdidores, con sus gritos incoherentes, con sus esplendores y... hasta con sus miserias «tira de mí». La casa me echa, me empalaga, me aburre. El tedio me ha cogido de pies á cabeza ó estoy loco, ó estoy enfermo...

Anoche, salí por ahí, á la ventura. Carmela, que en estos días cuida más de sus atavíos que de embellecerme la vida, dijo que iba á casa de una de sus amigas, compañera en otros tiempos de aventuras y galanteos...

Hace un mes la hubiera ahogado por celos; anoche me encogí de hombros y la dejé marchar casi complacido. Ella se fué, contrariada, rabiosa... pero no lloró... Oh, si llora, me la hubiera comido á besos...

Pasé la velada en casa de nuestro amigo Bertín. Estaban allí unas chicas eloróticas, serias y tiesas que no hablaban sino para contestar. Muy bonitas, muy elegantes; pero... ¡qué frialdad! ¡qué buena educación tan... insoportable! Una de ellas, muy joven, casi una niña, bella como rayo de humo en paraje solitario; una belleza serena y triste que alejaba toda idea que no fuera purísima, sentóse á mi lado.

—¿Usted no baila?— me dijo, y casi inmediatamente, con ingenuidad de niña mimada, añadió:

—¡Bien que ésta es diversión de solteros y usted!..

—Yo lo soy también, señorita— me apresuré á contestar.

¡Mira tú si seré pretencioso y necio, que de buena fé creí que aquella niña se alegraba!

Poco á poco el fastidio de los primeros momentos se fué borrando... Se respiraba allí una atmósfera de paz, de alegría sana, de honradez profunda, que ensanchaba mis pulmones. Las niñas, con las mejillas coloreadas por la agitación del baile, parecíanme bandadas de pájaros saltando entre ramas de azucenas.

¡Ninguna de ellas había estado en Fornos como Carmela!

¡Carmela!.. Una oleada de celos me subía á la garganta... y no sé qué historias de infidelidades pasaron como nubes de humo negro por mi cerebro...

...Aturdido, ciego, salí bruscamente de aquella casa, mientras que la niña pálida y triste me enviaba con una mirada de despedida una ráfaga de luz serena y melancólica...

...No sé qué sueños de hogar y de familia tuve anoche; no sé qué fantasmas blancos entretejían guirnaldas de azahares y las colocaban en las sienes de la niña pálida y triste; no sé qué músicas tiernísimas tocaban á las puertas de aquella nupcial alcoba; no sé qué ignoradas felicidades, qué risas de pequeñuelos, qué paz tan infinita se me habían metido en el alma.....

Esta mañana, al sentarnos a almorzar, Carmela, que estaba sombría de puro triste, no habló palabra. Únicamente, y ya á los postres, exclamó con igual fuerza que si sus frases fuesen astillas que arrancara violentamente de su cerebro:

- ¿No has pensado nunca casarte?
- ¿Contigo?—pregunté con mal disimulado susto.
- ¡No! ¿Contigo? ¡Qué locura!
- ¡Con nadie!—afirmé enojado.
- Haces bien, porque de lo contrario...

—¿Qué?

—Nada... ¡que me moriría!

Lo dijo entre lágrimas; fué un sollozo largo, una angustia infinita, una desesperación tan tierna, tan resignada que yo me conmoví también.

Sobre las soñadas alegrías de la noche anterior; sobre la imagen encantadora de la niña pálida y triste; sobre los anuncios de ignorada felicidad, sobre las músicas, sobre los azahares y sobre los esplendores de un día apenas alboreado, cayó como una lluvia de ceniza...

Está visto y probado; yo no puedo salvarme. Habré de subir con mi carga sobre los cansados hombros aunque los collares y los adornos me desgarran las carnes de igual modo que el personaje ideado por Daudet...

¡Escribeme, Tomás, aconséjame! Antes abominaba de tu excepcionalismo burlón; hoy pienso con él como el naufrago en la costa perdida en las tenebrosas lejanías del horizonte...»

EDUARDO MUÑOZ

(Se concluirá.)

A LOS POETAS

G. D'Annunzio.

Sobre el sonoro yunque, rendidos vuestros brazos forjais inútilmente el verso escultural.
¡Misérrimos artifices! ¿A qué esos martillazos si apenas débil chispa de luz lanza el metal?

El cáliz primoroso vuestro buril en vano labrar quiere inseguro; el vino del amor destella en frágil baza, más pierde el soberano aroma que el sentido incita embriagador...

Necios, á gritos dicen, fatigas y tropiezos; pérdida vuestra fuerza tan sólo os resta ya morir oscuramente del ocio en los bostezos, en que á perderse toda vuestra existencia irá...

¡Más no! Del sol enfrente, sobre la guerra humana auspicio poderoso que marca el porvenir, surge á vuestro saludo, ¡oh triste caravana, que va por los *desiertos poblados* á morir!

J. JURADO DE LA PARRA.



ANTONIO VICO

ANTONIO VICO

Peregrino del arte, allá va el glorioso comediante español á la América latina á mostrar en aquellos escenarios las eternas é inmutables bellezas de las obras de Calderón, de Lope, de Rojas, de Ayala, de Tamayo, de Sellés y de Echegaray, único tesoro que resta á esta pobre España vencida, humillada y además ultrajada por un puñado de locos é ingratos que reniegan de ella, hoy que más necesita del amor y de la paternal unión de todos sus hijos...

Allá va Antonio Vico en la plenitud de su talento á refrescar en la memoria de aquellos americanos que hablan nuestra lengua y tienen en sus venas nuestra sangre los esplendores de un arte inmortal que es hoy ¡tristeza da confesarlo! la única, indiscutible y perenne influencia que tenemos en América.

Esta larga expedición por el Nuevo Mundo es la despedida del gran actor español que á los treinta años de labor gigantesca, habiendo tenido de compañero al éxito y de cortejo el aplauso popular, se encuentra pobre y olvidado y ya en el declive de la vida busca en remotos climas lo que no pudo lograr en su patria.





CARTAS DE MUJERES

¡Sólo Dios sabe cuánto he luchado antes de escribirte! Creí volverme loca. ¡Otra vez he de ser yo quien perdona! Y si los que queremos bien no perdonamos. ¿Qué sería de los que queréis tan mal? Como juegas con mi cariño. ¡Tan seguro estás de que no ha de faltarte! Gentes más prácticas en sutilezas de amor me reprenden, porque te muestro mi cariño sin embajes. Tienen razón. ¡Qué afanes ni cuidados has de tener por conservar lo que sabes muy bien que es tuyo y nadie puede quitártelo? Pues si dejas de quererme, no podrás nunca disculparte con haber dudado de mi cariño. Ya lo sabes, no te inquietaré nunca con celos ni desvíos. Perderás mi cariño, sabiendo que existía grande, inmenso. Si yo fuera Dios, no dejaría dudar de mi existencia á los pecadores; y el que se condenase, sabría muy bien lo que perdía al perderme. No hay tormento comparable á la duda. ¡Ay Dios mío! ¡Si tu cielo pudiera abrirse y al par el corazón de los que amamos! Si la duda no fuese posible, ¿Quién se condenaría? ¡Y quieres que no sufra, si es para mí quererte un infierno de dudas! No creo en tí; no puedo creer; este es mi tormento. ¿Por qué? Porque todo me demuestra que en el amor se juega siempre una partida desigual. Uno que quiere, otro que se deja querer. Si el cariño que sobra de un lado no acudiese á reparar el desequilibrio del otro, no habría castillo de naipes levantado por el amor, que no viniese á tierra al primer soplo. En nuestra partida me tocó en suerte el papel difícil y triste; querer á quien se deja querer y, sin embargo, más lo parece el tuyo, según estás en él de torpe. No hay ceguera que valga para no verlo, y cuidado si mi ceguera es grande. No tienes para tus faltas mejor abogado que mi corazón. Antes que tú, discurre mil disculpas para cada una; tan bien buscadas, que al oír las tuyas, me parece mejor cualquiera de las que antes mi corazón te previno. Vuelve, pues, á verme. Pero no vengas apercibido de mentirosas disculpas. No quiero oírlas, si nuestro cariño ha de vivir por virtud del mío, él me dará remedio para todo. No me quieras, déjame quererte.

JACINTO BENAVENTE.



Reuse.

Fot. de Amador

PILAR ACEBES

NUBECILLA DE HUMO

I

El sargento Renedo, de la segunda compañía, y el cabo Brenes, de la cuarta, se encontraron al fin al dar vuelta á un recodo del glacis del Castillo.

Tenían que encontrarse un día ú otro en una hora negra que estaba en alguno de los días del porvenir y que había de llegar seguramente para los dos. El agijón incomparable de los celos tiene en las naturalezas poco cultivadas un aguzamiento implacable y casi feroz. La desgraciada que ambos querían para sí, no merecía que se encontrasen; pero el exclusivismo rudo de los dos hombres no veía, no podía ver esto.

Los dos estaban curtidos en los choques tremendos de la guerra, y los dos se hubieran avergonzado de ceder. Renedo puso una mano sobre el hombro de Brenes, y le dijo muy despacio, como si temiese que el otro no le entendiera bien y de una vez:

—*La Rubia* es mía, cabo Brenes.

—¿Porqué, sargento Renedo?

—Porque me la tomo y basta.

—No basta; es preciso que yo la quiera dar, y no la doy como no sea muerta.

No se dijeron más ni era necesario: fué lo que sucedió como un relámpago que estallaba en una bofetada y se iluminaba en sangre. El sargento Renedo puso la diestra mano sobre los labios gruesos del cabo, y sonó el choque de carne con carne en el silencio del glacis como un crugido.

El cabo Brenes se echó atrás dos pasos, le tembló el bigote, tiró de la bayoneta con ira tremenda y se fué sobre Renedo... Entró el arma que Brenes empujó con ambas manos, como si temiese que á una sola le faltase fuerza ó valor, con saña montaraz. Renedo dijo algo que no tiene explicación en lengua alguna, entre juramento, quejido y amenaza, palabras que parecen dormir en la garganta y salen echadas fuera por pasiones formidables.

...Ya no tenía el cabo Brenes quien le disputase *La Rubia*. Se quedó contemplando al sargento Renedo, que cayó de espaldas y tenía los ojos abiertos con el espanto de la última mirada, hasta que sintió que alguien le cogía por detrás. El centinela del reducto avanzado, había visto aquella escena final del drama, y se fué corriendo sobre el matador llamando á la guardia que adelantaba á cincuenta pasos con los fusiles en la mano derecha, saltando los soldados por las desigualdades del terreno.

Brenes se dejó coger sin resistencia, mirando tranquilamente á los soldados de su compañía que le ataban las manos con cierta prisa temblona. Cuando acabaron se volvió á mirar el cadáver que seguía en tierra y murmuró:

—Andando... Ya sé lo que es esto.

Y echó por la vereda hacia el fuerte sin vacilar en el paso ni cambiar un punto el corte cejijunto del rostro.

Ya había dicho que sabía lo que era aquello que había sucedido en el glacis; un consejo de guerra que haría con unas firmas lo que él había hecho con una bayoneta.

II

Era hombre duro el cabo Brenes; en la capilla, en ese horrible trámite que es cien veces peor que la muerte misma, no cedió su valor de siempre. Al reo civil se le lee una vez la sentencia que firma si puede y nada más; al reo militar se le da lectura varias veces, como si la ordenanza quisiese hacerse lugar en la memoria del que la ha olvidado. Es una cosa temible, imaginada por ese cruel, instinto de fiera que tiene el corazón del hombre.

Cada vez que el fiscal entraba llevado por la ley, se levantaba el cabo Brenes y saludaba militarmente sin que su brazo temblase. Era el suyo un valor inverosímil, un absoluto desprecio de la vida, y el fiscal mismo, combatiente hecho á lances como aquél, se espantaba de la serenidad del hombre que debía ver la muerte en el primer resplandor del sol, que ya iba casi prendiendo hilos de luz en las altas soledades del cielo.

El consejo de guerra había condenado á muerte al cabo Bre-

nes, porque estaba en aquel punto terriblemente clara la ordenanza; pero la historia militar del cabo había obligado al consejo á solicitar individualmente el indulto. La disciplina militar es una diosa que necesita sacrificios de cuando en cuando, y los individuos del consejo habían pedido aquel perdón con miedo.

Pero el indulto pedido no llegó y si el amanecer de aquel tremendo día. En la puerta del cuartel de infantería estaba formado el batallón que había tenido entre sus individuos al cabo Brenes, con las culatas de los fusiles en el suelo, las filas de hombres correctamente alineadas, los rostros de aquellos entre curiosos y serios; los oficiales con los sables bajo el brazo izquierdo, el coronel tieso sobre el caballo, un poco inclinado sobre la perilla de la montura, la mano izquierda en las riendas y la derecha sosteniendo el sable que caía recto al lado. Detrás del batallón, á cien pasos de la puerta del cuartel, la muchedumbre formando una masa oscura, sobre las puntas de los pies todos, mirando por entre los espacios diagonales que formaban los roses y las cabezas de los soldados, sosteniendo las mujeres en alto los chiquillos y sosteniéndose ellas en las espaldas de los que estaban delante. Todo esto bañado por el primer rayo de un sol triste y envuelto en el *rúm-rúm* levisimo que salía de toda aquella gente como una niebla de rumores que flotaba sobre todas las cabezas.

El cabo Brenes salió al portalón del cuartel y vió en el marco de la ancha puerta, los soldados primero y la gente después. El cabo furriel de la segunda le alargó un cigarro puro, y un soldado oficioso encendió un fósforo que chasqueó en el silencio del portalón. El cabo Brenes se detuvo un momento, mordió la punta del puro, la escupió, tomó el fósforo, y encendió con una calma inconcebible, dando al aire las nubes azuladas, que el aire llevó hacia la calle, como indicando á aquel valiente su camino; se volvió al cabo y al soldado, dijo *gracias* y siguió andando.

Cuando el batallón empezó á marchar, llevando en el centro al cabo Brenes y los seis fusileros, lo hizo con cierta viveza, como con deseo de acabar pronto con aquella tragedia. Y Brenes fumaba el puro que le había dado el furriel, escuchando con atención

cosas muy hermosas que el capellán iba diciéndole y echando, cuando no escuchaba, nubecillas de humo que el sol iluminaba un momento y luego el viento suave, cardaba en madejas ténues que después eran hilos y á poco se embebían en el color del cielo.

En el glacis se formó el cuadro, se colocó el cabo Brenes en el centro y delante de él los seis fusileros con el teniente Respaldiza que los mandaba. Brenes dió las postreras chupadas al puro, dejó el ros sobre una piedra que tenía cerca, el cigarro sobre el hule, sostenido en la bombilla del ros y se dejó vendar. Como manda la ordenanza, miró el teniente Respaldiza á los cuatro vientos por si se veía señal de que llegaba el indulto, mientras los fusileros, inmóviles, apuntaban al cabo cruzado de brazos.

III

Por cima de la muchedumbre, en un recodo de la fortaleza, vió Respaldiza venir un oficial á caballo, con el sable desenvainado en alto y un pañuelo blanco en la punta; el oficial llegó, detuvo en seco el caballo que resbaló de manos abriendo dos surcos paralelos en la tierra pegadiza y desmontó jadeante, el caballo cubierto de sudor por la violencia de la carrera, temblaba en un estremecimiento nervioso.

Era el perdón que llegaba al fin: la noticia voló de corazón en corazón con la capidez de la palabra hecha fluido y corriendo por el alambre... Se acadió al reo y se le quitó la venda; el cabo Brenes miró la luz del sol que caía del cielo en deslumbrantes haces y sonrió un momento...

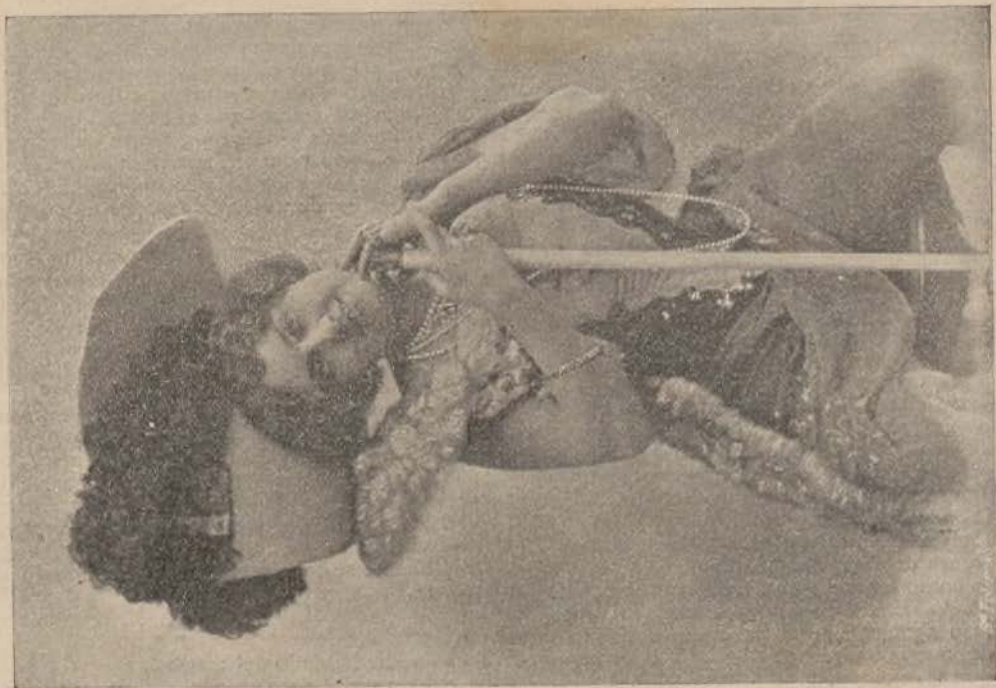
El puro seguía ardiendo sobre el hule del ros, dejando salir un hilo de humo que subía recto en un trecho y ondulante más arriba. El cabo Brenes se inclinó lo cogió y se lo puso en la boca; chupó dos ó tres veces, se cubrió con el ros y volviéndose á Respaldiza, le dijo:

—Vamos, mi teniente...

FEDERICO URRECHA

IRONNE LE RICK





DE PEBREL.

CRÓNICA

DEL NORTE

... Y después de muchas, muchas horas de tren, tomé en Santander un cochecillo que me condujo al Sardinero, donde me tienen ustedes á sus órdenes.

En otra Crónica hablaré de este precioso puerto de mar, verdadera caricatura de Biarritz. La de hoy la he de dedicar á reproducir las impresiones de un viajero que, apenas llegado al punto de su destino y molido aún por el viaje, sube en uno de los dos tranvías á vapor, (el que va por la costa), y se planta en Santander, solo y sin tener la menor idea de lo que es la población.

Lo primero que hace el viajero que va en estas condiciones á Santander es... perderse. Aquella multitud de calles exactamente iguales todas ellas, confunden y obligan al temerario visitante á pasar infinidad de veces por un mismo sitio.

¡Las veces que en cosa de una hora me encontré yo delante del Teatrol.. ¡Las que pasé por la calle de la Blanca!

Y menos mal que siendo esta la calle dónde están los comercios importantes, y teniendo yo necesidad de comprar algunas cosillas, pues en el Sardinero no hay tiendas, aprovechaba

*tantas idas y venidas
tantas vueltas y revueltas*

que, por tanto, para mí «eran de alguna utilidad.»

Por cierto que en estas compras hice una curiosa observación, que después he comprobado. Los santanderinos, cuando se les hace una pregunta, obligan siempre á repetirla como dudando ó desconfiando de ella ó del que la hace.

—¿Quiere esto decir que sean torpes?..

—¿Cómo dice usted?—diría uno de ellos.

Y habría que repetirle. ¿Que si quiere esto decir que sean torpes?..

..

¡Que han de serlo! Son listos, serviciales y, sobre todo, muy trabajadores.

En Santander (quizá sea el único punto de España) no hay *golfos*. Los padres tienen buen cuidado de enseñar un oficio á sus hijos, desde muy niños y de acostumbrarlos á trabajar, y los niños encuentran bien pronto una colocación, sin duda, porque su trabajo es más barato que el de los hombres.

En los muchos tranvías que, aparte de los *te* vapor al Sardinero, circulan por Santander, tranvías tan excesivamente cortos que parece que están aplastados por ambas plataformas, los cobradores, y aun los conductores, son siempre ó casi siempre muchachos de diez ó doce años.

Otra observación: Los conductores de los tranvías, ora de vapor, ora de tracción animal, usan para avisar á los transeúntes distraídos un gran cuerno de metal dorado. Este mismo procedimiento usan para llamar la atención de la parroquia, los muchísimos industriales callejeros, todo lo cual, al pronto, hace creer al forastero, que se encuentra en una población habitada exclusivamente por petroleros ambulantes.

Y, ya sea por el espíritu de imitación, bien á manera de preliminares ó aprendizaje de un oficio, apenas hay niño en Santander que no empuñe su correspondiente vocina, trompeta, cuerno, etc., etc., con cuyo estridente sonido destroza los tímpanos del pacífico transeúnte.

Diríase, y con razón, que en Santander hay verdadera monomanía por soplar.

Difícilmente se encontrará otra población donde se desperdicie más aire...

..

Y ya que he hablado del teatro...

Es este un viejo, pero grande edificio, con gran número de localidades que ¡ay! (este ¡ay! es del empresario) casi siempre están desocupadas porque los santanderinos se acuestan temprano.

Sin embargo, el último sábado se vieron obligados los impresores de Santander á componer para los periódicos la tan consabida

frase de «el teatro estaba completamente lleno» recargado con esta otra, no menos vulgar, «y la sala presentaba el aspecto de las grandes solemnidades.»

La causa de este prodigio, que prodigio puede llamarse, era que se celebraba dicha noche el beneficio de la primera actriz Srta. Cobeña que, en unión de la compañía que actuó en el teatro de la Comedia el pasado invierno, ha venido sosteniendo en Santander hasta hace dos ó tres días gloriosa campaña.

La beneficiada alcanzó muchísimos aplausos en las dos obras que estrenó dicha noche: *Pasión*, drama, desconocido aún en Madrid, de Federico Oliver, y *Teatro feminista* de Jacinto Benavente.

PEDRO SABAU

30 Julio.

ORACIÓN

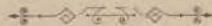
Dame, Señor, paciencia en los apuros;
valor de perdonar al que me ofenda;
salud igual, de mi trabajo en prenda;
resignación para los tiempos duros.

Dame la Fe, que va con pies seguros
del bien sin gloria por la oscura senda
oído humilde, que el consejo atienda,
hijos honrados, con instintos puros.

Esto, Señor, no más, es bien que pido,
que oro ni honores frágiles no ansío
y es desear envenenar la vida.

Séame dulce de la muerte el frío;
y viendo en torno á la familia unida,
dame muerte cristiana, en lecho mío.

EUSEBIO BLASCO



Restos mortales

Ninguno nos queremos; tú bien lo sabes.
Ya es preciso que labes
tu iniquidad;
que huyamos de esta jaula, cual fieras aves,
que pronto me devuelvas y tú recabes
la libertad.

Hay que romper, sin miedo, tan viles lazos;
no embriagarse, en tus brazos,
de opio traidor;
desunir nuestras sombras, borrar sus trazos,
y recoger del cieno los mil pedazos
de nuestro honor.

Hay que ceñir al alma flores honestas;
buscar para sus fiestas
cielos de luz;
ser tú una mariposa por las florestas
y yo, tal vez, un mártir que lleve á cuestras
mi larga cruz.

Mas ¡qué horror! tras los breves goces livianos
recibo, entre ayes vanos,
mi corazón,
comido hasta su fondo por los gusanos
y van á conducirlo mis propias manos
al panteón.

G. BELMONTE MULLER

EN LA DERROTA

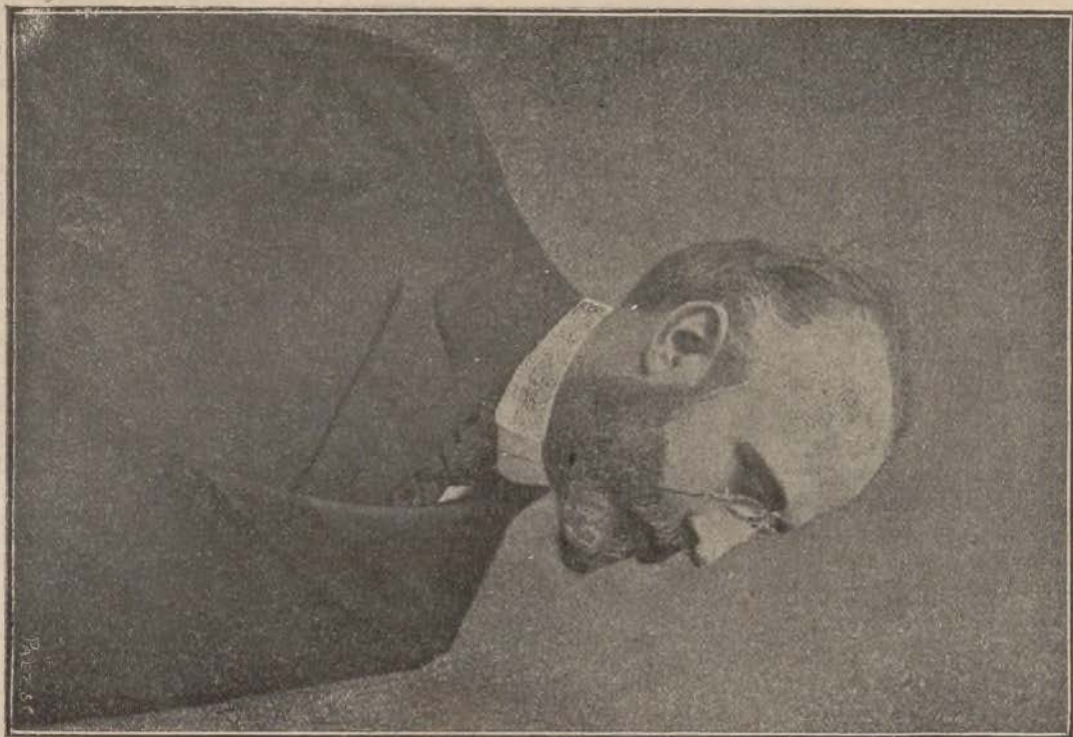
Sacudida por rudo cataclismo
ve rodar sus fragmentos la montaña
y perderse en las sombras del abismo.

En misterioso instante
siente un dardo de fuego que punzante
se revuelve en su entraña
y en la herida mortal cuaja el diamante.

Así, por infaláz sabiduría,
en horas de agonía
cristaliza con sordas explosiones
una luz superior á la del día
en la roca, en el Alma; en las Naciones.

RICARDO GIL

Se admiten anuncios en esta Ad-
ministración á precios convencio-
nales.



EXCMO. SR. D. FRANCISCO SILVELA

La borrachera del poeta

Sí, repitamos las frases de Sthendal: el camino del placer es un atajo de la vida; muramos pronto, pero gocemos.

Y echando hacia atrás su larga y sedosa melena, el poeta llevó á sus labios la cristalina copa, apurando el vino de brillante colorido, que en ella se encerraba.

Sus compañeros de orgía tan soñadores, y en aquel momento tan borrachos como él, imitaronle, escanciando también sus respectivas copas. Alguno, no comprendiendo que el placer pudiera encerrarse sólo en las doradas gotas del licor, apenas separados sus labios de la copa, posábalos sobre los marchitos y calenturientos de la hembra, diosa ó ramera, que habíale correspondido en aquella noche.

—Morir joven y morir amando, no hubiera deseado tanto el artista más ambicioso. Las heroínas de Shakespeare realizan ese ideal; ¡loor al poeta! bebamos á su memoria.

Y bebía, bebía sin cesar; sus ojos azules, de un azul pálido, casi gris, apenas se divisaban entre sus entornados párpados, su boca balbuceaba las palabras y sus manos torpes sujetaban la copa que trabajosamente llevaba hasta sus labios.

Fontán celebraba de este modo la generosidad de un editor. Sus poesías, hasta entonces inéditas, pronto iban á dejar de serlo; su libro, *Cantos de amor*, había encontrado quien lo editara; ¿qué le importaba que fuera de éste ó del otro modo? El libro gustaría; tenía que ser así: era su esencia, su pensamiento, el fruto de fiebre y de delirio, de noches en que toda la sublimidad de la poesía, habíala derramado sobre el papel.

—La poesía, eso sí, es mi vida, quitadme eso y me muero; decidme que mi querida me engaña, y me veréis sufrir; decidme que no haga versos, y me veréis llorar. Ven Laura, dame tu vida; pon tus labios sobre los míos; unamos nuestras almas, formen una sola que pueda decir al mundo entero lo que es amor: un amor grande, mezcla del incestuoso de Paolo y Francesca con el ideal del Dante. ¿Me amas, verdad?

—Pues yo lo creo, eres guapo y eres rumboso.

—Rumboso sí, lo soy; por tí, quisiera tener los tesoros de un bajá, y unirlo á la fortaleza de un africano. ¿Me quieres? dímelo otra vez; oiga yo tu palabra, penetre en mí esa influencia misteriosa que se ejerce sobre el que es amado. A tu lado seré grande, seré divino; no, seré algo más, seré poeta; tú serás mi Margherita Cogni, yo seré tu Byrón; cantaré no el Don Juan, cantaré el amor, lo viviremos; sea nuestra esa pasión que da la vida y que mata al propio tiempo.

Sus compañeros le escuchaban, asintiendo á sus palabras; ellos también se sentían devorados por el mismo fuego; el mismo ardor animaba sus deseos. El amor y el arte eran sus únicas pasiones; por el amor todos los hechos eran disputables; Marco Antonio cejándose, por amor á Cleopatra, arrebatar el mando del imperio romano, aparecía sublime; por el arte eran perdonados todos los crímenes, Nerón pegando fuego á Roma para reedificarla más bella se asemejaba á un héroe. Roma decadente, con sus baños, sus carreras y sus juegos olímpicos, se elevaba más alta que la Roma conquistadora y dueña de todo el mundo.

—Sí, bebamos; eres bella; tus ardientes ojos, sedientos de amor y tus labios deseosos de besos, son para cantados en las más bellas estrofas. ¿Que eres impura? Mejor, la impureza es la vida, pues de ella nos alimentamos; los grandes amores y las grandes pasiones tienen que ser así; el mundo es vuestro; por vosotros, dijo Múger, que sois mujeres, cuyo corazón ha descendido hasta el vientre, ¿Me quieres? Cuéntanos tu historia. Debe ser interesante; préveo en ella grandes pasiones y sufrimientos sin tasa; te veo caer rendida en brazos de tu primer amante, y ofrecerle tu cuerpo por no poder darle tu alma, ¿verdad?

—¡Quita chico! ¿Mi primer amante? Me acuerdo tanto de él como de mi primera camisa.

—¿No le querías?

—Acaso tuve tiempo? No, chico; fué uno, qué se yo, uno cualquiera, más rico que los demás, pues pagó caro el poder gozar de las primicias de mi cuerpo; eso bastó, ya ves tú si había de quererle.

—¿Así caíste?

—Toma, pues yo lo creo; no tenía más camino que ese ó la miseria, y ésta es muy fea para verla cara á cara.

—Es verdad; la pureza dura hasta el primer deseo, y éste se engendra con la primera alhaja ó traje de seda que se os ofrece... Y tú, Rosa, ¿en cuánto te vendiste?

En su borrachera, quería saber la vida de todos; el lodo que pudiera salpicar, quería que llegase hasta allí, que cayera en las copas, que manchara los manteles, que lo manchara todo.

—Rosa me quiere, contestó uno de ellos; ¿qué importa lo demás? Su vida es la mía, vivimos el uno para el otro; ¿que ha amado antes? Bien; se ha despertado al amor como se ha despertado al arte; ahí la tenéis, amante y artista, todo lo reúne. En una noche, se ha apoderado de nosotros la lujuria, y juntos hemos apurado sus goces hasta caer rendidos; en un día hemos leído á Beccquer, á Musset, y hemos llorado con Leandro; en otro, las rubias mujeres de Tiziano nos han inspirado: dejadla, pues, su vida ¿qué nos importa? Es joven, es bella, siente, está animada; y con eso basta.

—No, no basta; es preciso algo más: tiene que hacer sentir; tu pasión es amor de burgués, no es idea de poeta; ni los deseos, ni los celos te atormentan; no sabes lo que es amar. Bebe; ya que no conoces las pasiones, conoce el vino. Laura, te lo juro, tus ojos, aun no son tan bellos como el color de este vino. Enlace Baco con Venus, huya Mercurio, dame tu vida, no me hables de la prosa.

Y Laura oía, sin comprender lo que su amante narraba. Después de todo, ¿qué? Ella había nacido para eso; si entonces se hallaba en los brazos de un poeta, ¿quién sabe al día siguiente? Tal vez en los de un hombre vulgar y caerían en su oído palabras nuevas; la poesía y el arte dejarían paso al *debe*: su vida había de ser la misma, servir la copa del placer y no gustar de él nunca. ¿Qué más le daba, por tanto?

Fontán bebía mucho; sus ideas atropellábanse en su mente, y hubiera deseado ser otro, no sabía quién; un personaje de Shakespearé, matando á su hermano, para casarse con la que

dejaba viuda, como en Hamlet; ó un gran místico, asceta, que huye del mundo, y ofrece su alma como expiación de pasadas culpas. Y amar, eso sí, amar siempre; estar rodeado de un grande amor, tal vez divino, tal vez humano, pero amar á alguien.

—Vuestra es la vida, soís jóvenes, soís bellas, el oro caerá en raudales á vuestros pies, los poetas os cantarán en sus más lindos versos y las gentes de las ciudades os dejarán el paso al ver que con vosotras va la juventud y el amor. Bebe, Laura; caldee tu sangre este licor, enérvate, y ten arranque de mujer ó de fiera. Así, eso es, bebe más; suelta tu pelo, rodéate de tu espléndida cabellera; salte tu seno de tu apretado corpiño, luce tus encantos, más hermosos por ser tuyos; inuéstrate tal como eres, obra maestra de la Naturaleza ¿me adoras, verdad? Te conozco eres la mujer de siempre: la que, con el placer por premio, has inspirado los más grandes hechos de la historia. Eres Cleopatra, ¿cierto? Te has dejado gozar por los hombres más grandes de tu época; á rebuscar un poco en las mejillas, habrían de encontrarse aun las huellas de un beso de Pompeyo; después, después has sido Diana de Poitiers. Tenía que ser así: tus amores eran reales: querida de un triunviro, tenías que serlo de un rey, más todavía, de dos reyes; obedecías á la ley que te hizo ser amada por el hijo después del padre. Y, por último, ¡oh Laura, bésame! eres Margarita Gautier, que amas más á Armando que amaste á los otros. Con tus emperadores y reyes eras grande, con Armando eres sublime, has idealizado tu amor, eres artista; bebe, enlaza tus brazos á mi cuello, une tu boca á la mía, y de esta manera, murmuramos ¿quién sabe? tal vez entonces empecemos á vivir.

El poeta caía vencido; las cortesanas de aquella fiesta seguían en su alegría, mientras los compañeros de Fontán, caían de la propia manera, llenos de vino y de poesía.

El vino derramado, formaba una gran mancha é iba afluyendo desde la mesa al suelo, gota á gota; el sol penetraba en sus globulillos dorados á curiosear aquella escena y alumbraba, prestándoles color, aquellos cuerpos vencidos por el amor y el placer.

AGUSTÍN R. BONNAT.

Angel y bestia

Como angel y como bruto
rindo á tu amor el tributo
que reclama tu belleza.
Yo amo en la Naturaleza
tanto la flor, como el fruto.

Por eso gentil Inés
sea grosero ó cortés,
jamás tu belleza ultrajo
y subo á tí, si me bajo
hasta besarte los pies.

CAYETANO DE LA PUENTE.

Lo que no muere.

Mientras haya en el mundo primavera
rica de luz, de aromas y de flores,
cuando á coro los pájaros cantores
alzan un himno en la feraz pradera.

Mientras el sol, siguiendo su carrera,
derrama con rojizos resplandores
la vida y el calor, y sus fulgores
pueda sentir la creación entera.

Mientras haya una madre que en sus brazos
entre besos, arrullos y canciones
contemple al hijo que á sus pechos cría.

Mientras tienda el amor sus dulces lazos
haciendo palpar los corazones,
lozana vivirá la Poesía.

SANTIAGO IGLESIAS.

VIRUTAS

Aunque ayer me querías
hoy no me quieres,
pero nada me importa,
pues sé quien eres.

¿Que Esperanza te llamas?
Bonito nombre;
pero tú se la quitas
á cualquier hombre.

¡Si será cariñosa Filomena
que tiene en vez de un novio una docena!

Sin tu carta estoy, Inés,
hace casi un año entero.
Yo no lo siento por mí,
lo siento... por el cartero.

Doce meses alegre
pasé á tu lado
y queriéndote siempre
me has olvidado
Si el tiempo es oro,
el que perdí contigo
vale un tesoro.

Según tu madre, tengo
poca vergüenza
y hasta casi es posible
que razón tenga;

pero es probable
que tenga más yo solo
que tú y tu madre.

Tú me llevas á los toros,
tú me llevas al teatro,
tú me llevas á los bailes
y yo te llevo... tres años.

ALFREDO GARCÍA SANCHEZ

CANTARES

Nunca quieren los mujeres
si se halagan y se miman;
¡Son como niños pequeños
que lloran si se acarician!

Tanto me odias cual te quiero
y aún más te quiero, pues sé
que antes de querer á un hombre
lo odia siempre la mujer.

Dos corazones tener
quisiera para adorarte
que es tan grande mi cariño
que uno sólo no es bastante.

Cariño que acaba en odio
nunca pudo ser cariño
tuvo que ser... un negocio.

RAFAEL GARCIA HIJOSA

Nuestros grabados

Pepita Sevilla.—En el elegante Salón Bleu ha debutado con éxito extraordinario bailando género andaluz.

Pilar Acebes.—Tiple del género chico. En Romea y Maravillas ha trabajado varias temporadas, siendo muy aplaudida en todas las obras en que ha tomado parte.

Ironne le Rick y De Pebrel.—Cupletistas francesas.

Excmo. Sr. D. Francisco Silveira.—Actual Presidente del Consejo de ministros.

EPIGRAMAS

El mal cómico García
casó con la tiple Atienza,
(al casarse, la vergüenza
archivó en la sacristía),
y aunque siempre fué un melón
su mujer tuvo el capricho
de darle alguna lección,
y hace ya, por lo que han dicho,
de chulo á la perfección.

JOAQUÍN OLIAS.

Menudencias

¿Por qué no usarán faldas los varones
que no saben llevar los pantalones?

¿Si está obscuro el pasillo
sólo por eso,
porque me llamas pillo
cuando te beso?

De ser muy virtuosa haces alarde
y no has caído ya por ser cobarde.

LUIS SALCEDO.

¿Qué es la vida? No lo sé
¿Qué es la vida? No lo entiendo;
que unos la sufren llorando
y otros la siguen riendo.

MARTÍN M. RODRIGUEZ.

IMPORTANTE

Suplicamos á los señores correspondientes que están en descubierto con esta Administración, procuren ponerse al corriente antes del próxi-

mo número, pues de no verificarlo así, nos veremos precisados á publicar sus nombres en la lista permanente de deudores.

Igual ruego hacemos á los suscriptores que no han renovado su abono, pues no serviremos más números á los que estén en descubierto.

AVISO A LAS EMPRESAS PERIODÍSTICAS

Corresponsales que piden paquetes, pero que no pagan:

Alcalá de Henares.—Julián Lobo.

Alcoy.—Miguel Escobedo.

Ávila.—Bruno Sancho.

Cuevas (Almería).—Pedro Pérez.

Laujar (Almería).—Cristóbal Cano.

Sevilla.—R. Morilla.

(Se continuará.)

IMP. PARTICULAR DE EL ALBUM DE MADRID
VILLANUEVA, 17